

Veinticinco años de profesorado ejemplar

El Prof. Pi y Suñer celebra sus bodas de plata
con la cátedra

Han transcurrido veinticinco años desde que el Dr. Pi y Suñer profesó *oficialmente* su primera lección. Y hacemos resaltar la palabra *oficialmente*, porque ya hacía tiempo que demostraba su vocación docente enseñando Fisiología a un selecto grupo de jóvenes que se aproximaban al que, tan joven como ellos, despertaba en su espíritu el amor al trabajo y a la investigación. Y fué en aquel rincón de la vieja Facultad, que mereció que un sabio ruso felicitara irónicamente a un Catedrático por la semejanza que tenía con aquel en el que Cervantes escribió el Quijote, donde Pi y Suñer comenzó la noble tarea, inició la escuela de su nombre y que al cabo de los años, ha merecido el homenaje que motivan estos comentarios.

Han pasado veinticinco años, es decir, lo mejor de la vida. ¡Qué desconuelo ha de producir, al volver la vista atrás, el que algo muy íntimo grite o murmure que nada queda, que todo es esterilidad en cinco lustros!

Por el contrario, nosotros imaginamos la inmensa satisfacción que han de experimentar los que como Pi y Suñer al hacer el balance ante la propia conciencia vean conseguido y consolidado, muy justamente, el prestigio internacional a fuerza de pacientes y sabias investigaciones, que han contribuído al adelanto de la noble ciencia que cultivan y que otros hombres de indiscutible valía veneran su nombre y le llaman con tanta devoción como respeto MAESTRO.

¡Maestro! Este es el secreto. Ser Maestro. No todos comprenden la grandeza que encierra la palabra. Para merecer ese calificativo es necesario poseer una superioridad espiritual que se traduce en renunciamientos, en sacrificios, en desear estar asistido continuamente por la juventud que desea aprender, en tener la convicción de que debe influir en la formación del alma de esa juventud, y por lo tanto, no ha de limitarse a los mezquinos límites de un programa oficial, sino que debe dejar impresa honda huella en su manera de ser y de obrar, en sentir afecto de padre por los discípulos y paternalmente aconsejarles sin percibir jamás la punzada de los celos inconfesables y gozar, por el contrario, con los triunfos de los que científicamente nacieron en su escuela. Y así es posible hacer lo que ha hecho Pi y Suñer.

Para ciertas obras no basta con el talento, por grande que sea. Es necesaria la vocación.

De talentos sin vocación resultan los pseudoMaestros, los que consideran cargos de la más alta representación social como medio para conseguir finalidades egoístas y reducen su mísera función docente o a la exhibición personal o a la recitación de *palabras... palabras... palabras*.

El homenaje que la Facultad de Medicina tributó al Dr. Pi y Suñer, tuvo como características la severidad y la cordialidad. Severo como correspondía a la alta calidad del homenajeado, cordial como resultan siempre los actos organizados por un entusiasmo realmente sentido.

Todos los que tomaron parte directa en él (Doctores Peyrí, Ferrer Cajigal, Puche y Díaz), parecían influídos por el ambiente y así ningún discurso sonó a